campos, cuya fertilidad de remotos tiempos atrajese a pobladores que rindieran culto a la abundancia y prosperidad de estas entonces felices tierras.

VIRGILIO VINIEGRA DE VERA.

Santa Marta, a 6 de octubre de 1925.

II

SAINT JEAN DE LA CROIX ET LE PROBLEME DE L'EXPÉRIENCE MYSTIQUE, PAR JEAN BARUZI, *Paris, Alcan, 1924. Un tomo de VII + 790 págs.*

Una obra densa, poderosa, profundamente meditada y muy de veras sentida como la que con su rótulo encabeza estos renglones, ha debido suscitar en España desinteresados entusiasmos; sin embargo, dudamos de que haya cosechado monsieur Baruzi entre nosotros tan merecidos frutos por causas ajenas a la soberana competencia y a la exquisita cordialidad del distinguido hispanista citado. Mas aunque no sirvan las presentes líneas para salvar dolorosas omisiones, nos permitirán al menos testimoniar nuestra admiración sincera y nuestro disentimiento de indiferencias letales y consuetudinarias. Acaso esa manifestación, tan justa como espontánea, sea prolífica y así no resultará completamente inútil, pero en cualquier supuesto, responderá a internas exigencias del espíritu del que traza estas páginas, profundamente cautivado por la contemplación de los tesoros de la cultura histórica española. Siempre, no obstante, será de temer que las valoraciones aquí expresadas carezcan de toda autoridad personal por la insignificancia e incompetencia del que suscribe, bien que la verdad no necesita ser formulada "ex cathedra", ni con solemne aparato, ni pierde sus quilates por la humildad de su origen.

Y sin más preámbulos, entremos ya en materia. La obra titulada *Saint Jean de la Croix et le problème de l'expérience mystique,* supone en su autor el cultivo conjunto, armónico e intenso de la Filología y de la Filosofía. Monsieur Baruzi es un filólogo-filósofo, o más bien un filósofo-filólogo, especialmente capacitado para la ardua tarea de evocar todo un sistema doctrinal especulativo mediante la minuciosa reconstitución y el dete-

nido examen de los textos correspondientes. Sin duda que tales tareas recíprocamente se complementan y suponen, mas notorio es también que de ordinario, no son asequibles a una misma relevante personalidad. No escasean los filósofos ayunos de los rudimentos de las disciplinas filológicas, ni son tampoco raros los filólogos ajenos a toda inquietud especulativa. De esas muy frecuentes limitaciones, ordinariamente derivan las naturales tristísimas consecuencias, por lo que nos será lícito encarecer la notable excepción del caso presente.

Y para que no se nos dé crédito por nuestra honrada palabra, consulte el lector y lea atentamente el capítulo titulado *Los textos,* que forma el libro primero de la citada obra. Merecen en ese capítulo especial mención las interesantísimas reservas que monsieur Baruzi formula respecto a la autenticidad presunta del texto B del *Cántico espiritual.* No creemos que quepa proceder con más lúcida mesura, ni con más exquisita parsimonia que las que el autor acredita en el tema de referencia. Tenemos que lamentar que estas doctas disquisiciones, no hayan encontrado en nuestra patria el acatamiento que han debido obtener. Mas conste de todos modos que nuestro filósofo-filólogo con gentil desembarazo selecciona y valora textos, iluminando su labor filológica con los claros resplandores de su sólida formación metafísica.

Además, el primero de los *Apéndices* de la producción que glosamos, titulado *Bosquejo de un estudio bibliográfico,* ofrece abundantes referencias de manuscritos, textos impresos y versiones de la obra de San Juan de la Cruz. En tan rico arsenal no creo que la diligencia de un Argos podrá hallar omisiones de consideración, y sí acaso, una generosa abundancia, siempre con exquisito esmero valorada.

Mas no sólo acredita sus dotes y su formación de filólogo monsieur Baruzi estudiando los textos, manuscritos e impresos de San Juan de la Cruz. También la vida del místico y santo autor de la *Subida al Monte Carmelo* sugiere muy jugosas páginas al docto hispanista mencionado en su producción citada. La existencia de Juan de Santo Matía es narrada en el libro II de la obra que estudiamos en tres distintos capítulos, que presentan las diferentes rotulaciones: *De la infancia al final del período de Medina* (I), *El período salmantino* (II) y *El Carmelo reforma-*

do (III.) De estas tres divisiones es la segunda la que ofrece una mayor y más conmovida contribución personal del autor a la biografía de su héroe. Pero el tercer capítulo del citado libro III (*El Carmelo reformado*) es interesantísimo y testimonia elocuentemente la severa circunspección científica de monsieur J. Baruzi. Los arduos y espinosos temas que en ese apartado dilucida nuestro docto hispanista, ponen a prueba su agilidad mental y su exquisita delicadeza. Un espíritu menos fino que el muy sutil de nuestro autor, difícilmente podría hablar de la reforma del Carmelo sin herir ciertas susceptibilidades. Unase a lo dicho que monsieur Baruzi sabe evocar, con plasticidad extraordinaria y con encantador lirismo, la infancia del Santo (en el primer capítulo del libro en último término mencionado), queriendo y logrando incluso hallar curiosas condicionalidades de ambiente ulteriormente reflejadas en la doctrina del autor de la *Noche obscura del alma,* y se podrá asentir sin recelos al laudatorio juicio que nos ha merecido la labor filológica de nuestro hispanista.

El autor del magistral estudio *Saint Jean de la Croix,* etc., consigue artísticamente situarnos ante el *hombre* (Juan de Santo Matía) y *las obras* del mismo (*Subida, Noche, Cántico, Llama*), poniendo a prueba toda su capacidad y formación filológicas, y sólo entonces se cree autorizado a penetrar resueltamente en el santuario de las concepciones doctrinales del mencionado místico doctor. En la obra que examinamos, la parte filológica, integrada por dos libros (I y II), inmediatamente precede, condiciona y fundamenta a la parte filosófica, también formada por otros dos libros (III y IV). Hasta esta extrínseca simetría estructural, es un claro indicio de la serenidad especulativa que en la producción que estudiamos resplandece. No es lícito pagarse de exterioridades, pero estas mismas son harto significativas cuando acusan un noble fondo de elevada espiritualidad.

Pero como la distinción presunta no empece a una íntima relación y conexión de las facetas distinguidas (a la que ya hemos aludido, ensalzando la coincidencia de dotes filológicas y filosóficas en el espíritu de monsieur Baruzi), no extrañará que el tercer libro de la obra *Saint Jean de la Croix,* etc., sea propiamente un libro de transición. En ese libro, titulado *La relación de la experiencia a la doctrina,* aparece un segundo capítulo, intere-

santísimo (acaso uno de los más curiosos de toda la obra), consagrado al estudio de la *expresión lírica y sus prolongaciones*. Ya esta última rotulación es por sí plenamente sugestiva y expresiva de la relación existente entre las formas literarias y los contenidos doctrinales y especulativos. El examen de las "prolongaciones de las expresiones líricas" permite al filósofo-filólogo educir todo el jugo trascendental que en las exquisitas formas artísticas del *Cántico*, de la *Subida* o de la *Noche* inside. Sin duda que no es esa tarea fácilmente asequible, sobre todo a espíritus triviales, mas nunca se podrá negar su extraordinario valor y su positiva importancia. ¡Quién sabe si los estudios históricoliterarios podrían alcanzar de esa orientación filosófica la ponderación y aun la densidad de que muchas veces carecen!

Mas, digresiones aparte, conste que sólo en el cuarto libro de su citada obra entra monsieur Baruzi en el detenido examen de la síntesis doctrinal que cabe educir de las producciones de San Juan de la Cruz. El estudio circunstanciado, minucioso, henchido de copiosa y selecta documentación de la "negación inicial" y de la "crítica de las aprehensiones diferenciadas", conduce a nuestro autor a dilucidar los arduos temas de la "experiencia abisal" y del "estado teopático". Muy difícil, si no imposible, sería extractar toda la profunda doctrina expuesta en este cuarto y último libro de la producción que glosamos. Las personas familiarizadas con las obras del místico de Fontiveros, nada aprenderían en semejante extracto y los indoctos no obtendrían de él frutos apreciables, ni suficientes. Mas podría acaso bastar para los fines de esta sobria información con advertir que en la exposición a que nos referimos, se reproduce con toda diafanidad el pensamiento de San Juan de la Cruz, basando las aserciones doctrinales en precisas y concretas referencias a los textos correspondientes. Pero esa labor va condicionada con oportunas y circunspectas reservas, cuyo valor es justo encarecer. Monsieur Jean Baruzi evoca y finamente acusa la línea que siguió, que es muy verosímil, cuando menos, que siguiera el pensamiento de Juan de Santo Matía; pero tan cuidadosa reconstrucción no enturbia el claro juicio de nuestro hispanista. Al lado de esos frutos de una meditación tan lúcida como profunda, el autor de la monografía que glosamos sabe notar y honradamente nota las incongruencias, las

limitaciones y hasta las contradicciones del pensamiento evocado. Sabe además cuidadosamente advertir dónde sus interpretaciones demandan ser recogidas con las salvedades oportunas y no se atreve a dar a las más claras filiaciones especulativas una importancia que, en realidad, no alcanzan en muchos casos. En una palabra, que el autor de la monografía que estudiamos, ha logrado huír de dos riesgos, en los que involuntariamente inciden muy doctos expositores: el de ver pensamiento sistemático donde, de hecho, no aparece, y el de dar precipitada valoración genética a las más aparentes y extrínsecas coincidencias doctrinales. Sabido es que tanto nuestros temas habituales de investigación, como nuestras concepciones directivas, ordinariamente nos merecen extraordinaria y muchas veces injustificada estimación. Mas monsieur Baruzi sabe contemplar con la objetividad imprescindible sus objetos de estudio más amados y sus más fundadas apreciaciones de filiación doctrinal, o de valoración especulativa. Véanse en comprobación de estos asertos las consideraciones que nuestro autor formula en distintos lugares de su citada obra al referirse a la secta de los "alumbrados", a la doctrina "plotiniana" o al estado "teopático" de Santa Teresa, en relación con distintas fases de la doctrina metafísica y mística de San Juan de la Cruz. Los espíritus más suspicaces pueden seguir esas elucubraciones sin comprometer su independencia de juicio, celosamente defendida y conservada. Nuestro docto hispanista no hiere las más morbosas susceptibilidades, porque su noble espíritu se ha formado en ambientes de austera libertad y tolerancia. Sugiere pensamientos, presenta verosímiles conclusiones, mas ni dogmatiza ni anatematiza. Ayuda a "partear", como verdadero socrático, la convicción del lector con la diáfana expresión de la por él libre y laboriosamente forjada, pero ni se cree en posesión de la verdad absoluta, ni mira con desdén las ideas que juzga menos aceptables. En ese tono, la obra de monsieur Baruzi aquí mencionada, realiza un nobilísimo ideal de cultura. Supone un considerable avance sobre las labores previas, mas no cierra la puerta al futuro, que previsoramente condiciona y prepara.

Por nuestra parte, confesamos sinceramente que no desearíamos alcanzar en nuestros modestos trabajos más ni menos que lo logrado por monsieur J. Baruzi en su monografía acerca de

San Juan de la Cruz y el problema de la experiencia mística. Mantener avanzando la continuidad con los que nos han precedido para abrir la ruta en que puedan y deban seguir nuestros pasos los que nos sucedan, es realizar obra santa, fecunda y humana.

Pero —se nos preguntará acaso— en la exposición aquí valorada ¿se tienen en cuenta los principios y las exigencias de la más rígida ortodoxia católica? Porque que el misticismo del autor del *Cántico espiritual* ha podido entrar (con más o menos aclaraciones y rectificaciones) dentro de los moldes de esa ortodoxia, parece incuestionable. Ahora bien, se nos perdonará que no aventuremos una contestación categórica a semejante supuesta interrogación. En primer término, nuestras convicciones doctrinales, francamente racionalistas, no nos permiten discernir, ni negar patentes de ortodoxia o de heterodoxia a nadie. Pero en segundo lugar, la finalidad esencialmente especulativa de la obra aquí glosada, puede permitir graduar de ociosa la pregunta en cuestión. No creemos, pues, expresando con la debida sinceridad nuestro pensamiento, que la obra titulada *Saint Jean de la Croix*, etcétera, sea de las que para ver la luz de la publicidad demandan la previa venia del Ordinario de la diócesis. Pero no creemos tampoco que las personas de más vidriosa ortodoxia, podrán hallar en las páginas de esa monografía el menor pretexto para escandalizarse.

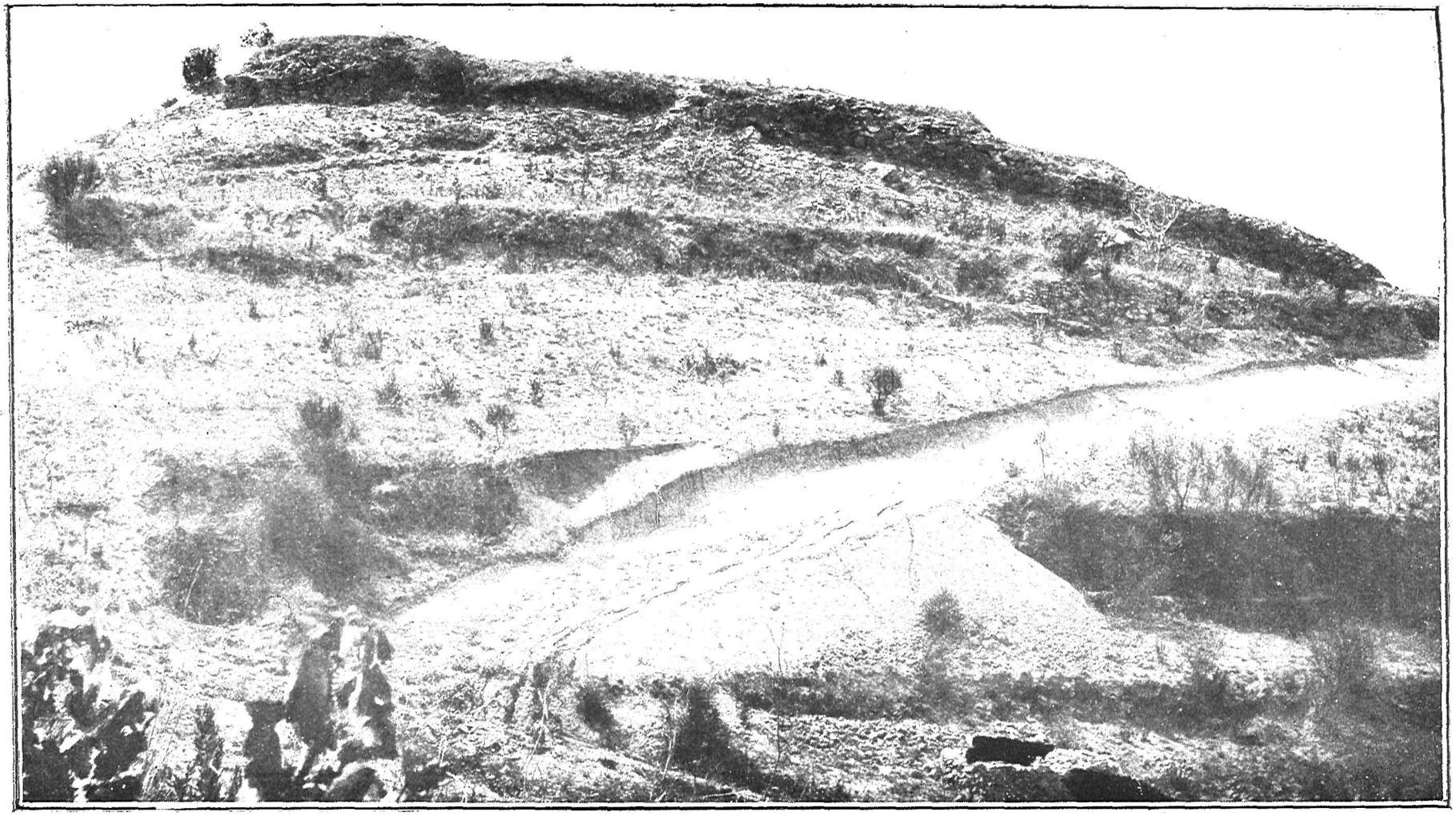
Buena prueba de estos asertos ofrecen los siguientes, que con toda la precisión asequible a nuestra diligencia, traducimos del texto aquí estudiado: "De todos los grandes místicos, Juan de la Cruz es el que realiza más íntimamente las permanentes y universales condiciones de la unión divina. Es preciso ampliar todas nuestras percepciones ordinarias para verle bien. En ese carmelita, riguroso defensor de una Regla amada; en ese cristiano, de calidad tan auténtica, se oculta, sin que él de ello se percate, un ser más comprensivo todavía, que atrae en su soledad interior a los hombres que se le acercarán de todas las confesiones, o que sin hallarse aferrados a un determinado dogmatismo, podrán aprender del mismo Juan de la Cruz un método de purificación de su pensamiento... Religioso ardiente, carmelita que conversa con sus hermanos y hermanas de hábito y

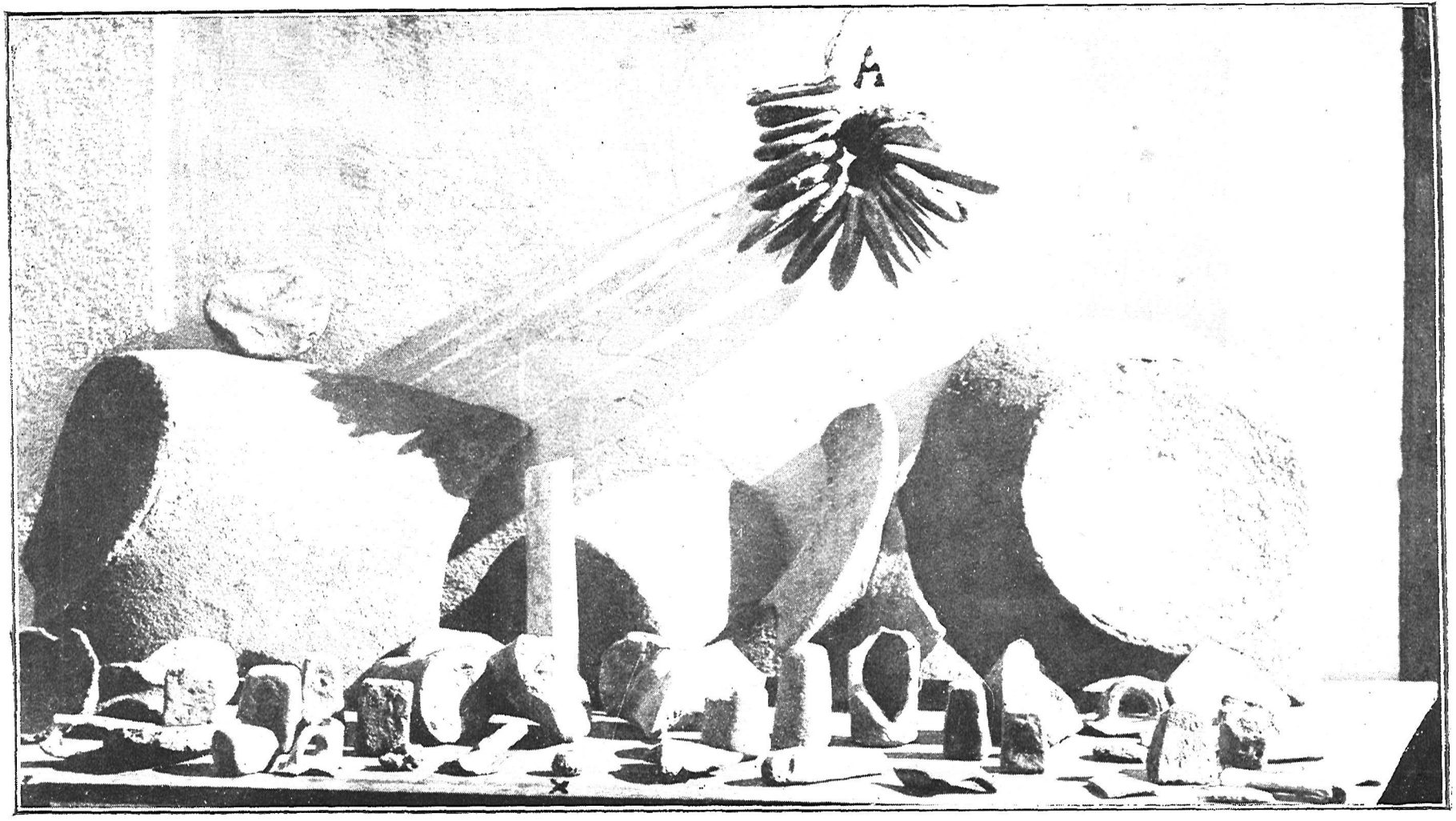
que, sin embargo, nos transmite un lenguaje universalmente humano; cristiano que imita al Cristo crucificado y que muere con El a todas las cosas, pero que a medida que produce en sí los más puros silencios de la oración, a medida que busca el camino de un Cristo extinguido, se abisma en un Dios sin modo. De esta unión divina no nos dirá más que las primeras fases, pues ha superado el plano a que nos conduce (1)."

Monsieur Baruzi, pues, expone todas las convicciones, todos los credos con la austera elevación del que vive muy alta y delicada vida espiritual. En tales circunstancias, la producción de nuestro autor e hispanista podrá suscitar disentimientos y discusiones, mas nunca, merecidamente al menos, dicterios ni diatribas. No estará de más que hagamos constar ese interesante aspecto, pues es notorio que entre nosotros muchas veces las diferencias especulativas van ligadas a apasionados juicios de orden moral. No es nuestra más arraigada práctica la del exquisito respeto al adversario.

Y formuladas esas salvedades, hagamos constar —para poner término a esta larga *nota*— que la meritísima producción aquí examinada es muy digna de una difusión, que tememos no alcance en su forma original. No todos los lectores disponen de la preparación y de la voluntad necesarias para engolfarse en la meditación y lectura de la ponderosa obra *Saint Jean de la Croix et le problème de l'expérience mystique*. La consideración de muchas y muy densas notas en griego, latín y antiguo alemán, con la no menos ardua de muy delicadas elucubraciones doctrinales e históricas, constituyen un manjar demasiado fuerte para espíritus no entrenados. Y no se nos diga que obras como la que aquí glosamos están destinadas siempre a una muy selecta minoría de doctos, porque podemos reargüir a esa objeción que precisamente el mérito intrínseco y la relativa rareza de trabajos como el que nos ocupa, hace de todo punto indispensable su generalización, o, mejor dicho, si se nos permite el vocablo, su vulgarización. Y acaso nadie se halle más capacitado para

(1) Perdone el lector la extensión de esta cita en gracia a que hemos creído percibir en ella condensado el juicio de nuestro autor respecto a la significación ideal de San Juan de la Cruz.




A

realizar esa tarea de vulgarización... que el propio monsieur Baruzi, cuyo dominio de los temas capitales de la Mística europea merece los más efusivos y calurosos encomios.

Conste, por último, que quienes nos sentimos cordialmente ligados a la patria española en sus más nobles representaciones ideales, tributaremos siempre a labores de la índole de la aquí glosada nuestra más conmovida admiración. Ni nos preocupa que esos trabajos sean muchas veces realizados por extranjeros: aparte de que monsieur Baruzi no es propiamente tal en nuestra España, no estará de más advertir que en la serena región de las ideas ni hay fronteras, ni hay aduanas (1).

PEDRO URBANO GONZÁLEZ DE LA CALLE.

III

COMISION PROVINCIAL DE MONUMENTOS DE GERONA. UN PUESTO ROMANO DE PESCADORES EN LLORET DE MAR.

Noticiosa esta Comisión de que en sitio próximo a Lloret de Mar, al desbrozar terrenos cubiertos de monte bajo, habían dado

---

(1) Séanos lícito citar en nota la producción de nuestro autor, complementaria de la anteriormente glosada y aparecida con el siguiente rótulo: *Aphorismes de Saint Jean de la Croix. Texte établi et traduit d'après le manuscrit autographe d'Andújar.* Bordeaux et Paris, 1924. [Fascicule IX de la Bibliothéque de l'Ecole des Hautes Etudes Hispaniques.] Las dotes de filólogo y filósofo, que hemos admirado en la obra magistral de monsieur Baruzi, aparecen con el mayor relieve acusadas en este precioso opúsculo, cuya lectura debe subseguir, más que preceder a la de aquélla. Aparte de la intrínseca valoración paleográfica y crítica de los textos publicados en los "Aforismos", podremos y deberemos muy especialmente encarecer el comentario filosófico de esos documentos, comentario tan sobrio como jugoso. Lealmente pensamos que de trabajos de la índole del mencionado en este lugar, se halla muy necesitada la Literatura didáctica española, pero no se nos oculta que no se puede glosar concisa y diáfanamente un texto más que después de haber penetrado en las más profundas intimidades de las concepciones del autor de aquél. Claro es que *casos* como el de monsieur Baruzi, por desgracia para la historia de la cultura hispana, no abundan. De todas suertes, permítasenos citar el ejemplo, testimoniando nuestro cordial anhelo de una efusiva e inteligente imitación. Y piensen los filólogos españoles si para realizar alguno de los *desiderata* sugeridos en estas líneas, les vendrá mal familiarizarse —tras cordialísimo trato— con la Academia y con el Liceo...